

# notas bibliográficas

ADRIAN OSSICINI. — Problemas de psicología de la edad evolutiva. — Editorial Mundo Moderno. — Buenos Aires, 1962. — 128 páginas.

La ciencia pura puede ser, a veces, una cosa estéril, si no abstracta. Mas la vulgarización de una ciencia es, sin duda, en general, un error. Pero existen ciencias directas e inmediatamente útiles a los hombres, de las que deben conocer no ya las técnicas sino los confines, para poder evitar determinados errores o pedir determinadas ayudas.

Tal es, en síntesis, la justificación que de este libro se da en el prefacio. Sin embargo, al insinuar una defensa el autor parece no estar muy seguro del trabajo realizado que, como aclara oportunamente, no es espontáneo sino "propuesto".

Tema tan extenso como la psicología de la edad evolutiva, requiere exhaustivo estudio y no puede tratarse con profundidad en una obra de divulgación. Empero el libro fue encarado a manera de introducción a la ciencia psicológica a fin de colocar al lector en el camino adecuado para ampliar posteriormente sus conocimientos, sin caer en los lugares comunes que se han tejido en torno a esta disciplina tan difundida y tan superficialmente conocida por la mayoría.

En ese sentido la obra será de utilidad para padres y educadores. Los padres, especialmente, deberían profundizar lecturas de este tipo. ¿Quién sino ellos deben conocer las fases del desarrollo psíquico del niño, las leyes del dinamismo evolutivo, todo el complejo sintético que constituye el psiquismo infantil? La adaptación o inadaptación futuras de un niño, dependen, en gran parte, de las primeras fases de su vida. Numerosos e irreparables errores se podrían prevenir si todas las madres supieran que en el seno materno, aunque parezca ser cosa idéntica

con la de la madre, el feto tiene una vida autónoma, sigue su propia vida de evolución, es una individualidad de por sí. Una individualidad que hay que respetar desde el instante mismo en que, voluntaria o involuntariamente, se fecunda.

El mundo de los padres es modelo del mundo del niño al par que es una realidad más grande que él. El niño no alcanza a comprender esa realidad que le hace sentir un deseo de autonomía, y de oposición. Los disturbios afectivos en el mundo de los adultos se convierten en disturbios en el mundo de los niños. Es preciso tratarlos siguiendo las leyes de su evolución, hablarles con el lenguaje adecuado a su edad, no traumatizarlos. La sanidad psíquica es una expresión de equilibrio entre el individuo y el ambiente: de allí que solo pueda lograrse mediante un normal desarrollo afectivo e intelectual de los niños, apoyado en una vida familiar serena y armónica.

M. C. Gagliardo

CARLOS E. OLIVERA LAHORE, F. C. S.  
— Para educar la fe viviente. Elementos de catequética. — Vol. I — Colección Lasalle. Serie catequística. — 1. — Editorial Stella. — Buenos Aires, 1962. — 102 páginas.

"Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. Pero ¿cómo invocarán a Aquel en quién no han creído? Y ¿cómo creerán sin haber oído de El? Y ¿cómo oirán si nadie les predica?... Por consiguiente, la fe es por la predicación" (Rom. 10, 13-17). De esta fe pende la vida de la Iglesia y, según la palabra del Apóstol, la fe no existirá sin la previa enseñanza. En teoría, no hay católico que niegue o siquiera discuta la primacía en la Iglesia de su misión de enseñanza. Pero, en la práctica, ¿se advierte siempre esta primacía? En lo que res-

pecta a nuestro país, cabe destacar la labor abnegada y seria de varios Institutos de Cultura Religiosa, cierto número de Seminarios Catequísticos, la docencia de teología en las Universidades Católicas, la tarea de renovación interna emprendida por varias Congregaciones docentes, la avidez de formarse en catequesis en buena parte del personal secular joven de las escuelas de la Iglesia y la sed de formación de un laicado cada vez más responsable. Pero no faltan las sombras del cuadro e inquietantes interrogantes se plantean al espíritu. En los colegios católicos ¿se trata realmente al catecismo como la enseñanza central y preeminente? En las parroquias ¿qué puesto fijo tiene la catequesis en el presupuesto? De qué medios materiales disponen los catequistas? En unos y otras ¿qué importancia se da a la formación profesional y a la actualización de los catequistas, en comparación con las exigencias de títulos y diplomas para las demás enseñanzas y especialidades? Las preguntas de este tipo podrían continuar en número insospechado.

No cabe duda de que aún estamos muy lejos de que desaparezca esa "liaga abierta en el costado de la Iglesia" (Pío XII, 10-III-1948), que es la ignorancia de la religión cristiana. Esta ignorancia "es la causa y, por así decirlo, la raíz de todos los males que atacan como un veneno a los individuos, los pueblos y las naciones" (Juan XXIII, 29-VI-1963). El problema de la ignorancia religiosa en los países de Latinoamérica es grave. La Jerarquía hispanoamericana realiza considerables esfuerzos para resolverlo. Olivera Lahore presenta, justamente, la obra que comentamos, como un intento de colaborar con ese esfuerzo de nuestra Iglesia.

Ante la bibliografía demasiado dispersa e inconexa y en lenguas extranjeras con que deben enfrentarse nuestros catequistas, el Hno. Olivera Lahore ha estructurado su trabajo utilizando con toda libertad, combinándolos y completándolos, los pensamientos de los principales animadores del movimiento catequístico europeo. Su tarea ha consistido en seleccionar la enseñanza de aquellos maestros, adaptándola y adecuándola a nuestro ambiente: su profunda y larga experiencia catequética avalaban el éxito de su empeño. El lector no encontrará en este libro una serie ordenada de recetas inmediatamente trasladables a la enseñanza cotidiana: encontrará, sí, una primordial preocupación por inculcar un espíritu, una actitud interior, que es lo que permite apreciar los métodos y la manera de em-

plearlos. La pedagogía religiosa no es una isla en su tiempo. Las corrientes contemporáneas en el mundo y en la Iglesia, obligan a una reflexión en profundidad, so pena de esterilizar los esfuerzos en una catequesis ausente de la realidad.

El catecismo debe tender a preparar la experiencia religiosa de una comunidad determinada, aquella en que deben integrarse los futuros adultos cristianos. Por otra parte, necesita apoyarse en esa comunidad para que la enseñanza religiosa no sea una flor del aire, sin raíces en la realidad.

En este primer volumen de la obra, se examina primeramente la naturaleza de la catequesis como enseñanza, como educación y como transmisión de un Mensaje. La enseñanza catequética, para ser total, debe ir de la iniciación concreta y activa a la formulación doctrinal, pasando por el camino de la historia y de la Biblia, Palabra de Dios. Frente a la Revelación, la respuesta humana positiva es la Fe. La acción catequística se propone la educación de esa fe. El mensaje cristiano contiene la persona viva de Dios que habla, de Dios hecho hombre. Y debe ser transmitido al ser humano completo: a través del "ser de carne", la transmisión del mensaje se dirige al "ser de gracia" —actual o potencial— que hay en todo hombre. La palabra de Dios, trascendente y sobrenatural, ha de encontrar en el oyente un "receptor" del mismo orden y a él debe dirigirse, en él debe tratar de provocar a los actos. El mensaje cristiano "actúa" la virtud de la fe y pone al ser teológico en acto de vida teológica. Por eso la doctrina cristiana debe llamarse doctrina de vida; al ser transmitida al hombre, se hace para él un despertar de vida teológica, fuente de vida de fe.

La catequesis en la historia es el tema de la segunda parte. Mirada rápida y panorámica, buscando ante todo un espíritu: el pensamiento de la Iglesia y de su Señor, acerca de la iniciación cristiana. Visión sobre la encarnación en la historia del misterio de la Palabra de Dios, de ese Dios que habla por su Hijo y confía a su Iglesia la misión de prolongar su enseñanza en todos los tiempos. Sucesivos capítulos hablan de la catequesis en la Iglesia primitiva, de la catequesis bautismal de los grandes Padres y, a grandes rasgos, de la catequética posterior hasta nuestros días.

La tercera parte se refiere a la psicología como auxiliar de la catequesis y a las orientaciones catequéticas de la psicología evolutiva. Con visión amplia y



sin-tética, el autor procura aprovechar las más seguras enseñanzas de la psicología moderna, adecuándolas a su objeto. Su ubicación en esta obra responde a la necesidad de llamar la atención de los futuros catequistas sobre el tipo de problemas y de soluciones que la dimensión psicológica aporta a su tarea y alentarlos a profundizar sus estudios en esa dirección.

Libro clave en nuestro medio, el de Olivera Lahore llena un vacío en la formación de nuestros catequistas. Menos modesto de lo que el autor lo considera, su aporte es realmente importante en este campo tan incomprensiblemente poco cultivado y en el que la renovación de espíritu y métodos de educación y enseñanza es de urgente necesidad.

J. Luzzi

MICHEL DE SAINT PIERRE. — *Les nouveaux aristocrates*. — Ed. Calmann-Lévy, París. — 1960. — 283 páginas.

Las meras rondas sobre la crisis de la juventud, realizadas con temible frecuencia y no raramente desaprensiva superficialidad, han pasado a ser un lugar común de la intelectualidad de nuestro tiempo. El fenómeno no deja de ser doloroso, especialmente para los que hemos profesado en el credo de la educación espiritual del prójimo.

Por eso, "*Les nouveaux aristocrates*" nos han traído reposo. Porque su autor es serio, es respetuoso. Ha procurado captar alguno de los problemas de esa granada hidalguía que es la juventud, así sin más; ya que es de la juventud ex-pactos, lo mejor. Ha logrado captar, expresar y aún insinuar una solución.

La anécdota es por demás sencilla: el P. de Maubrun, jesuita, se hace cargo del curso de "filósofos" (los mayores), de un colegio secundario francés; reemplaza al Prof. Sauvageot que ha muerto poco antes rodeado de la cálida devoción de sus discípulos. Todo el encono y despecho de ese grupo de niños-hombres de dieciocho años frente al involuntario usur-gir, un poco intemperadamente y sin pavor, y los esfuerzos de éste para posibilitar una influencia cristiana serán el telón de fondo. De él resaltan dos personajes: el profesor jesuita, y Denis Prullé-Rousseau, un niño insaciable de este siglo, Mrta Graham Greene. Varios incidentes minúsculos — como la vida de colegio — jalaban este esquema: dos o tres lecciones del profesor que va doblegando resquemores; la venta que hace Denis de su motocicleta para regalar un icono an-

tiguo a un ex coronel ruso exilado, que lo desea vivamente; una fiesta en casa de Denis, ausentes sus padres; y, finalmente, la publicación de un artículo explosivo en el periódico del "club de filósofos", causa de la expulsión de Denis.

El gran mérito de esta novela argumentalmente poco sustanciosa, es la densidad del drama interior. Protagonista y antagonista viven intensamente, y esa intensidad nos seduce: "Tengo miedo de no tener gran cosa para darles" (p. 32), es la angustia del sacerdote consciente de su inexperiencia como educador de la aplicación de los padres en el problema común, y sobre todo, de la dificultad de estos jóvenes siglo XX: "Nada es sagrado (para ellos). Desprecian su clase social y no conceden la más mínima confianza a los adultos. Estos muchachos tienen diez años más sobre los adolescentes que éramos nosotros. Han aprendido a dudar" (p. 34).

Denis es un adolescente condicionado. Primeramente por su familia; un padre olvidado ya de sus compromisos conyugales y paternos (los conoció alguna vez?) profesional eximio deseoso de alcanzar la coronación de su sesfuezo en una cátedra universitaria; mantiene una relación solamente superficial con su hijo: "Ni siquiera ha escuchado mi última palabra" (p. 50), pensará este al cabo de una conversación fútilmente interrumpida cuando podía llegar al diálogo. Su madre entretiene una madurez alejada de la plenitud matrimonial en devaneos sociales.

Denis es puro, con una pureza "que mantiene como un vicio"; naturalmente generoso; deseoso de una justicia e igualitarismo a los que sacrifica sus gustos patricios; y delicado: las flores del invernadero, el recogimiento de una capilla para él vacía de presencia divina, los "monos" de un aula de pequeños, constituyen íntimas satisfacciones; por todo eso se siente "en casa" en un colegio con cuyas convicciones disiente radicalmente.

El P. de Maubrun forcejeará reciamente para conquistar ese espíritu rebelde y eufórico de libertad, pueril hasta satisfacerse con palabras grandilocuentes, y a un tiempo sincero como para arrostrar la secuela del manifestar sus convicciones. Ante el fracaso — la decisión del Rector de expulsarlo — no le queda sino la confianza de que existen picadas misteriosas por donde retornan los que sinceramente se alejan. Denis, al borde del suicidio, hallará en unas líneas de su antiguo maestro el impulso para permanecer en el sen-

tido creador de la libertad, la exaltada conciencia de sí, la afirmación personal. Porque al fin de cuentas es menester amarse, al menos como se ama al prójimo (p. 279).

Michel de Saint Pierre, gran premio de la Académie por su novela anterior "Les aristocrates", ha sabido transmitir con realismo esta adolescencia contemporánea "entretejida de nervios, fragilidad, desconfianza y amor... tan orgullosos que se nos deslizan de entre las pesadas manos que Dios nos da; ... tan descorazonadores que la ingratitud parece brotar sin fin de su naturaleza profunda; tan inestables que jamás la amistad de un hombre podrá reposar en ellos un instante; tan perdidamente sedientos de todo que el mundo nunca será bastante rico para sus sueños; tan alejados de nosotros, estériles que creemos ver su juventud en el horizonte como un espejismo; pero de tal manera superiores a todo lo que podemos amar delante de Dios, que parece justo que una vida de hombre les sea prodigada en vano... (p. 179). Y con tanto más realismo, cuanto se trata de una tragedia íntima, cotidiana, sin altisonancias sexuales u homicidas.

Estructuralmente no es perfecta. Deslucen, un recurso demasiado frecuente a la lección de clase o a escritos (apuntes, el periódico), para expresar ideas, que confiere pesadez a una acción ya algo desleída; los personajes secundarios apenas esbozados; e inclusive algún capítulo completo, vgr.: la fiesta, no bastante orientado a la acción.

Horacio Simian

CLARA SILVA. — "El alma y los perros". — Ed. Alfa. — Montevideo — 1962.

"El orden histórico al narrar puede dar obras grandes y verdaderas, pero no la realidad íntima de nuestra conciencia, la realidad del mundo tal como la vivimos. La conciencia no es lineal o cronológica, sino simultánea. En mi novela lo que sucede no es lo importante. Lo importante es la manera cómo sucede. La técnica es la que corresponde a nuestra vida psicológica. Los hechos no se suceden en orden cronológico y lineal. Este es un plano no usual en nuestra narrativa...". Así transcribe un periodista las palabras de Clara Silva en una mesa redonda de escritores, hablando de su última novela.

Verdaderamente hay algo de innovador en los recursos narrativos de la ya consagrada novelista y poetisa uruguaya. Un empleo de métodos que en algo recuerda los hallazgos de Natalie Sarraute o Robbe Grillet. Se da paso en la narración a un "tiempo mental", de verdad psicológica, en el que los personajes (el personaje) se encargan de tejer la trama con la rara conexión que fijan sus pasiones, su historia personal, su memoria; todo en una arbitrariedad valorativa estrictamente concienencial. La novelista maneja con soltura este camino elegido y lo enriquece con aportes notables. Por ejemplo, el de una corrección formal digna de destacarse. Ya en su novela anterior, la figura de Laura Medina iba abriéndose paso con solemne andar de sobreviviente en una prosa medida, llena de ritmo, de apretado decir o de reiterada adjetivación, siempre correcta. Aquí, la maduración de los medios expresivos es notable. Y la presencia de una novelista que es ante todo autora de poemarios tan dignos como "Las Bodas", no se escatima. La recurrencia a lo poético aparece frecuentemente, condimentando la lógica frialdad del relato con sugerencias e imágenes; aparece, sobre todo, en el montaje general de la novela, que contiene varias alegorías de profundo contenido onírico y bellísima elaboración. La que se ubica, por ejemplo, en las últimas páginas; o la búsqueda kafkiana que se desarrolla en los corredores de la Aduana, o aquel formidable diálogo de infancia siempre a flor de labios: "Madre: ¿quién hizo la Luna...?"

De todas maneras no son los aciertos formales los que dan consistencia a una novela. "El alma y los perros" se fragua al contacto de una conciencia torturada. La constante presencia de un paisaje bien determinado (Montevideo, en tiempo de elecciones; el de la escala móvil, y los partidos de fútbol; el de Agraciada y el Parque Rodó) no es un obstáculo para que tras la vulgaridad y sordidez de un destino común, se inscriban existencialmente los temas que torturan al hombre de hoy: Dios, la libertad y el destino, el imperativo y la santidad del sexo. Clara Silva bucea hondo en este terreno nada fácil de la literatura (y de la vida). La problemática va desenvolviéndose en un proceso colmado de vivenciales urgencias, en un cerco de tierna convivencia con el personaje central.

La novela entera está fundada sobre la conciencia de una mujer, obligada desde siempre a vivir en desamparo, en soledad



profunda. Desde sus primeros recuerdos aparece la frustración a que la somete la fracasada felicidad de sus padres; luego la niñez vivida en inhibiciones y complejos; la involuntaria experiencia del amor sexualizado, del matrimonio como contrato de apariencias y del hijo que le niegan; y sobrenadando siempre, la búsqueda de un Dios que permanece oculto hasta el último momento, porque El sólo se entrega al que llama con purificado corazón de la protagonista (ángel desterrado entre los perros), el egoísmo es adherencia defensiva; la introversión, el desprecio y el asco, una coraza. Será necesario descubrir el amor, la comprensión, el perdón, para recién entonces recontrar la suprema felicidad y el equilibrio humano. A todo lo largo de este mosaico de situaciones que con tanta frecuencia empuja nuestro crítico mundo, flamea una delicadeza de conciencia sutilísima que todo lo registra y lo incorpora al alma. He aquí el drama que Clara Silva digita afrosamente.

Hablé antes de madurez de medios expresivos. También hay madurez (sobriedad), equilibrio, veracidad) en los planteos. La autora sabe dónde va y hacia dónde conduce a sus criaturas. O mejor, hacia dónde es llevada por el dinamismo vital de sus criaturas. Nada podríamos reprocharle cuando son los mismos personajes (los hombres que nos rodean y que somos) los que se sumergen en una axiomática que va de la materia y el sexo como suprema negación, a la búsqueda desorientada de un Dios que al fin de cuentas no es solución sino problema. En cambio es un acierto remarcable de la escritora la simultánea narración del diálogo con el confesor y la escena del pecado (¿del pecado?); y la delicada y brillante escena de la primera comunión que va conjugándose con la mórbida y realista descripción del aborto.

Hay algunas debilidades, olvidables por lo que "El alma y los perros" tiene de fuerza expresiva. Ya le han señalado, por ejemplo, la gratuidad con que mediante el libro se hace larga referencia a "La sobreviviente" (otra novela de la autora); y también la casi postiza erudición que entabla diálogos con Sartre o rescata largos latinajos de la Liturgia.

Baste lo dicho para saber que estamos frente a una no frecuente obra literaria. Nunca, sin duda, será best seller, no por falta de méritos, sino por su trágico sino de ser una edición uruguaya. Es una lástima que nuestras librerías no abran sus puertas de mercado a las buenas edicio-

nes de la vecina orilla. Lo cierto es que Clara Silva (esposa del siempre actual maestro que es Zum Felde) tiene un bien ganado puesto en la mejor antología latinoamericana.

Oswaldo Pol S. J.

JEAN GUITTON. — *La Iglesia y el Evangelio*. — Colección "Perspectivas". — N° 18. — Ediciones Fax. — Madrid, 1961. — 368 páginas.

J. Guitton es un pensador que trata de comprender para creer. Cuando en su obra anterior sobre Jesús planteaba sus propias dificultades y razonables elecciones, Guitton explicó sus motivos para superar las dificultades de creer y para dar a su fe un asentimiento auténtico y personal: Sí, Jesucristo es una persona histórica que ha existido fuera de la leyenda y los relatos que nos hablan de El son verdaderos testimonios. Sí, Jesucristo resucitó realmente, es igual a Dios, es Dios.

Pero la idea de la divinidad de Jesús conduce mucho más allá de Jesús, y Guitton no podía detenerse. Si Jesucristo hubiera sido puramente hombre, sería un punto de la historia. Pero Jesucristo es Dios: no se inserta, pues, como un momento de la duración, sino que es un foco inmóvil en torno al cual la historia se va desarrollando silenciosamente. Entre Jesús —que se halla en el pasado— y el momento presente, hay un vínculo de vida y de luz: el tiempo continuo de la Iglesia, la sociedad de los fieles unidos en su nombre. El Jesús eterno no está presente en nosotros sino a través de la Iglesia, por la Iglesia, en la Iglesia. Surge entonces el problema de saber si esa equivalencia entre Jesús y la Iglesia es auténtica. Porque Jesús podría no haber tenido interés en perpetuarse. O bien, la Iglesia podría haber sido infiel a Jesús, no ser efectivamente la prolongación evangélica de Jesús. Por otra parte, la ruptura de la unidad visible que fracciona todavía a las naciones cristianas, suscita una alternativa aún más acuciante. ¿Es Jesús como un espíritu que está siempre presente en la historia y a quien podemos llegar por medio de la fe y de la oración? O bien ¿fundó Jesús una comunidad palpable, de la que hay que formar parte para permanecer en comunión con El? El problema de Jesús une a los cristianos, cualesquiera que sean sus confesiones. Este otro patético problema, el problema de la Iglesia, los divide. "Para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, para que también

ellos sean uno en nosotros, y el mundo crea que Tú me has enviado" (Jn. 17, 21). Estas palabras de Jesús son, tal vez, las que mejor compendian su evangelio. Los creyentes que han reflexionado sobre estas palabras de Cristo, no pueden substraerse a la obsesión de trabajar para eliminar la división de los espíritus en la religión del amor. En nuestros tiempos, la cuestión de la caridad y unidad ha sustituido a la de la separación y unión: es el ecumenismo, que se ubica entre dos concepciones, una radicalmente falsa —la idea pragmática de un ecumenismo del mínimo: lo que todas las Iglesias tienen de común, o una absorción sintética de las diferencias en una verdad más "comprehensiva" —la otra gravemente incompleta —la concepción del inmovilismo—: "Estoy en la verdad y tú en el error; yo me quedo en mi sitio; tú eres quien debe acercarse a mí"; es la verdad, menos la caridad.

Así como la anterior obra de Guitton, sobre Jesús, era un diálogo constante entre el pensamiento creyente y el pensamiento incrédulo acerca del problema planteado por Jesús, el libro que reseñamos es un diálogo intelectual sobre la divergencia entre un pensamiento de tipo católico y un pensamiento de tipo protestante. Esta obra sobre el Jesús continuado, es decir, sobre la Iglesia, se presenta como un haz ordenado de perspectivas y pensamientos que brota totalmente vivo de la experiencia de una vida consagrada a la reflexión. Obra de investigación de un alma católica que, en su edad madura, discute su posición católica tratando de determinar las afirmaciones virtuales envueltas en el interior de su fe; que ha criticado esas afirmaciones confrontándolas con los textos y la metafísica, con el corazón, la vida, la existencia y todas las dimensiones de la experiencia humana. No pretende convencer a los demás: no es obra apologética. Pero invita a los otros a que emprendan el mismo tipo de examen: tranquilo, prolongado, lento, múltiple. De ese examen brotaría la luz, y no sólo para el creyente.

Guitton divide su obra en seis partes. Primeramente, Jesús y el tiempo: la Iglesia es acontecimiento e institución, instante (tiempo vertical) y duración (tiempo horizontal); el paso del Evangelio a la Iglesia no es conservación ni evolución, sino desarrollo (síntesis estructural de ambos tiempos). Ese desarrollo tiene un origen (segunda parte: Cristo instituye la Iglesia; examen de las diversas explicaciones ortodoxas y heterodoxas), una

emergencia o aparición de la Iglesia en su paso de su fundación por Cristo a las primeras generaciones (Tercera parte), y un despliegue (parte cuarta: jurisdicción, magisterio, santificación; organización, doctrina, culto: la suma solidaria de estas tres dimensiones concreta la genuina visión del catolicismo). Un triple diálogo ecuménico entre catolicismo y protestantismo —sentido de la Encarnación diversa manera de sentir de católicos y protestantes, unión y unidad— constituye la quinta parte del libro. La parte sexta, "El catolicismo en las dimensiones del mundo", es una perspectiva hacia el futuro: La Iglesia y el cargo de la historia; definiciones cada vez más profundas de la Iglesia; la prueba de lo humano en la Iglesia; posibilidad esperanzada de un inmenso acrecentamiento del catolicismo.

J. Luzzi

MARIO ALEXANDRE — Educación Democrática. Ediciones Cívismo. — Buenos Aires, 1963. — Tres volúmenes de 208, 256 y 302 páginas.

Estos tres volúmenes, que corresponden a los tres primeros años del Ciclo Básico, son un primer tipográfico, lo que es digno de elogio, pero son sin comparación mayor un primer pedagógico, lo que es digno de aún mayor elogio, y por encima de ambas excelencias yergue un sanísimo y modernísimo criterio doctrinal, lo que hace que les sea otorgado un elogio máximo.

La variedad de tipos, las claves y los paradigmas, y hasta los espacios en blanco, no casuales sino intencionales, hacen que este libro sea leído y estudiado con placer, y la sutil trama filosófica sobre la que está asentada la doctrina, hace que esa lectura y ese estudio sea de enorme trascendencia. Nada hay en estos tres tomos que indique improvisación, ligereza o superficialidad.

La doctrina sobre lo que es el hombre, la sociedad, la organización social, la nación, el Estado, la patria, la humanidad, la libertad, la democracia, etc., etc., está expuesta con admirable claridad y precisión. Es posible que no todos acepten lo que escribe Alexandre sobre la libertad de prensa (1-113), pero el suyo es un modo de ver las cosas con tanto optimismo, aunque otros opinen que la prensa cuando es poderosa, es por su misma naturaleza, antidemocrática. En la pág. 189 (t. 1) escribe que "despotismo es el gobierno absoluto no limitado por ley al-



guna, y tiranía el gobierno en el cual el gobernante, en lugar de buscar el bien común de sus súbditos, busca el propio provecho", y no obstante consagra todo un capítulo a "La tiranía de Rivas" (t. 3, págs. 144 ss.) y reconoce que no gobernó en provecho propio sino del pueblo, o, como dice el autor "de las masas", de como barbarie. Es evidente que el autor no se ha despojado todavía de todo el Nos parece poco democrático distinguir entre pueblo y "masa", considerando al primero como civilización y a la segunda la tiranía liberal con que le cargó, sin duda, la escuela primaria y secundaria.

Pero esos resabios son casi nulos en comparación del inmenso panorama de sana ortodoxia filosófica e histórica, de que está plena esta obra, que ojalá cayera en manos de todos nuestros jóvenes.

Con sobradísima razón niega influencia alguna francesa en nuestra revolución de 1810, y atribuye a Suárez el haber podido los hombres de entonces abrir la puerta a la libertad política, mediante la doctrina del pacto político, con el que nada tiene que ver el pacto social de Rousseau; anota también sabiamente que mientras los hombres de la Francia de 1789 proclamaron los derechos del hombre, los de Buenos Aires, en 1810, proclamaban los deberes del hombre, y celebramos muy de veras que el autor haya destacado y subrayado esta realidad. Aún más: nos ha satisfecho grandemente el que haya transcrito varias páginas de ese admirable librito o Tratado de las Obligaciones del Hombre, que predominó en la escuela argentina entre 1810 y 1884.

Igual satisfacción hemos sentido al ver que ha dado generosa entrada a Juan José Godoy y a Juan Pablo Vizcardo, poniendo a Miranda en tercer término en el elenco de los precursores de la Revolución. Nuestra satisfacción no es tan plena en lo que dice de Saavedra. Está bien, pero hay reticencias y silencios que no corresponden, y ya ha llegado la hora, amansadas las pasiones de otrora, de proclamarle "el padre de la patria argentina". Pero ¿no lo fue San Martín? Claro que no, ya que la patria era ya una realidad cuando él llegó al país. También al referirse a la Asamblea del Año XIII se ve que el autor no dice todo lo que sabe, y teme desafinar. Se contenta con algunas frases vagas, y termina con una muy explícita: "La Asamblea se fue desprestigiando paulatinamente..." (3-126). ¿Por qué no tener la valentía para decir que esa Asamblea compuesta de amigos y genuflexos de Alvear, y dirigida por

él y por sus dos acólitos, Montegudo y Valentín Gómez tenía por objeto primordial levantar a Alvear en pedestal y acabar poniéndole al frente del país con poderes omnímodos?

Otras pequeñeces hay que podríamos observar y criticar como el hablar de Cabildos cerrados y de Cabildos abiertos, sin hablar de los semicerrados como fue el nuestro del día 22 de Mayo, y al referirse a la "presidencia" de Rivadavia que jamás existió (3-126) sino en la imaginación de sus aduladores; pero estas y otras observaciones nada pesan en parangón con los grandes y numerosos aciertos del autor. Las erratas de imprenta son bien pocas, pero ese prive, en vez de primo (1-190) cambia totalmente el sentido del texto.

Guillermo Furlong S. J.

M. SPIRE - A. BRUNNER - A. GODIN.  
— "El otro y la vida comunitaria". —  
Colección de Cuadernos Heroica, Nº 10.  
— Ediciones Heroica. — Buenos Aires, 1962. — 166 págs.

No nos equivocamos cuando nuestra Cuadernos como una de las iniciativas Revista anunciara la aparición de estos editoriales más acertadas de 1960 ("Estudios", Nº 521 (1961), pág. 46: "Espiritualidad y mundo moderno: Cuadernos Heroica"). Este décimo Cuaderno reúne la traducción de trabajos de M. Spire, A. Brunner y A. Godin. El primer autor trata acerca de "La búsqueda y el encuentro del otro", llegando su análisis hasta la fuente espiritual que traslucen el "yo" y el "tú": la comunión en un nosotros. A continuación presenta, tomando algunos capítulos de "El conocimiento humano", lo esencial de la conocida teoría de Brunner en que analiza el diálogo personal, y partiendo del lenguaje mismo construye su filosofía de la intersubjetividad. Por último reproduce un profundo y matizado artículo de Godin acerca de "La animación pastoral y psicológica de los pequeños grupos".

Consideramos como el mayor acierto de este Cuaderno la inteligente selección de los trabajos, pues guardan ellos entre sí una perfecta unidad al abordar el tema desde tres enfoques característicos, pero enteramente complementarios: una fenomenología, una metafísica y una conducción pastoral-psicológica; puntos de vista de una importancia capital que insistiendo tanto en los valores personales como en los colectivos, plantean una equilibrada inserción comunitaria. Es, por lo tan-

to, esta entrega, especialmente indicada para ser leída y estudiada atentamente por todos aquellos grupos laicales interesados por una espiritualidad de características comunitarias. Consideramos en particular como muy útil, por su equilibrado y práctico contenido el último de los trabajos mencionados. Aunque dirigido al animador o coordinador de un grupo —que Godín piensa será un sacerdote— merece, sin embargo, ser considerado por todos los miembros; pues una comunidad será verdaderamente viviente y operante si además de estar informada por el mismo Espíritu, sus miembros se encuentran técnicamente posibilitados para un desarrollo armónico de todas sus características e inclinaciones personales.

Tal como se nos presenta la obra ofrecerá, sin duda, una gran ayuda a los interesados por el tema. Más para ser de utilidad a un número aún mayor de lectores, ya que debemos considerar que aumentan día a día en nuestro medio los laicos interesados por una espiritualidad de características comunitarias, hubiéramos deseado una ambientación explicativa o bibliográfica del tema. Es evidente que los promotores de esta selección para llegar a ofrecernos reproducido en un volumen material de tanta utilidad, tuvieron que descartar y elegir entre numerosos trabajos: rehacer un poco ese camino o investigación, ya sea con una introducción general, o con una bibliografía introductoria y temática al alcance de nuestro medio (como ofrecieron anteriores Cuadernos), hubiera aumentado todavía más el valor del libro; a la vez que guiado a todo lector interesado en la materia. Pero esto no es inconveniente alguno para que mantengamos el juicio laudatorio con que comenzamos la reseña.

J. Meisegier, S. J.

JOSE LUIS DE IMAZ. — "La Clase Alta de Buenos Aires". — Buenos Aires, 1962.

Esta publicación de 88 páginas corresponde a la "Colección Estructura", que edita Investigaciones y Trabajos del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, y es una exposición de las respuestas a un Formulario de Encuesta, proveniente de la Unesco, aunque adaptado a Buenos Aires.

Después de exponer los objetivos y los métodos de la investigación, y las correlaciones con los datos de la Unesco, se concretan las 90 preguntas de la encuesta

a estos capitales: el medio ambiente de la clase alta, las ocupaciones de la misma, la percepción de los problemas sociales, el pasado, presente y futuro, la economía, los sindicatos y la política a juicio de los encuestados.

Estos pertenecen sin excepción al Barrio Norte, correspondiendo el 40 % a la Parroquia del Socorro, el 12 % al Pilar, el 9 % a San Nicolás, el 8.8 % a San Martín de Tours y el 8.5 % a Santa Elena en Palermo. Los demás corresponden a Carmelo-Patrocínio (3.3 %), a Martínez, a Olivos, San Isidro, etc.

Dejando de lado las variadísimas y aleccionadoras enseñanzas que os ofrece esta encuesta, se anota que el 22.65 % pertenecen a lo menos a una institución católica, y según estratos generales, de ellos sólo el 11.32 % eran mayores de 53 años, y 33.96 eran menores de 53 años. Ante este hecho, el autor se hace esta pregunta sin contestarla: "¿Pueden estos índices considerarse relevantes y demostrativos de que entre los elementos más jóvenes de la clase alta habría un importante núcleo de más activa militancia católica?" (p. 32).

Pero el dato elocuentísimo es el referente a la natalidad en el llamado Barrio Norte:

8 %	sin hijos
8 %	con 1 hijo
16 %	con 2 hijos
23 %	con 3 hijos
17 %	con 4 hijos
6 %	con 5 hijos
7 %	con 6 hijos
1 %	con 7 hijos
6 %	con 8 hijos
3 %	con 9 hijos
3 %	con 10 hijos
1 %	con 11 hijos
— %	con 12 hijos
1 %	con 13 hijos

"Llama la atención la gran cantidad de hijos de una buena parte de las familias. En efecto: los porcentajes bajos (0-1 y 2 hijos) significan el 32 % del total y los porcentajes medios (3 y 4 hijos) significan el 40 % del total, los porcentajes altos (5 y más hijos) significan el 28 %.

\* "Obtenido el porcentaje por familia, se observa que éste asciende a 3.90, vale decir, un promedio de 4 hijos por familia.

"Este porcentaje es interesante, agrega el autor, por estar en abierta contradicción con el principio demográfico que sostiene que la tendencia a tener menos



hijos es uno de los signos característicos de las clases ubicadas a mayor altura en la escala social, y viceversa que éstos abundan más en las familias obreras. El estudio demográfico realizado en la ciudad de Buenos Aires, puso en evidencia que el mayor índice de natalidad era el obtenido en la sección 1ª (Mataderos) y el más bajo en la 20ª (Barrio Norte).

El 95 % de los encuestados reconocieron que en el pasado, la clase alta tuvo singular importancia en la vida del país, y, en cuanto al presente, el 33 % opina que actualmente la orienta y determina, aunque el 56 % niega tal cosa. En cuanto a la política, el 70 % confesó que no dirigía la vida pública, estando en divergencia un 16 %. Ocho declararon que su "importancia actual es muy relativa"; tres que "tuvo notoria influencia durante los gobiernos conservadores", dos que "la clase alta no tiene contacto alguno con el gobierno"; cuatro que "ha sido totalmente desplazada".

El 36 % de las respuestas computadas fue a favor de la clase media y de los obreros, en lo que respecta al papel decisivo en la vida política del futuro; el 29,5 % sólo se refirió a la clase media, y el 18 % sólo a la clase alta. En cuanto a acrecentar la vida intelectual, el 34 % opinó que efectivamente la clase alta la orientaba, el 54 % que no la orientaba, y el 12 % confesó no poder responder a esa pregunta.

Respecto al futuro de la clase alta, el 41 % opinó que sería igual a otros grupos, el 24 % que sería más importante que los otros grupos, el 19 % que sería de poca importancia, el 5 % que no tendría influencia alguna y el 4 % que sería el grupo de mayor influencia. Tales

son los vaticinios de la clase alta sobre el futuro de la misma.

En resumen, son unánimes las opiniones que reconocen el papel fundamental que la clase alta tuvo en el pasado argentino, y, respecto al momento actual, prima con ligera mayoría el criterio de que este grupo no dirige la vida económica, y mucho menor es su influencia política, ni el pensamiento, ni la vida intelectual como factor político.

A la pregunta 72 del formulario: "¿Qué piensa Ud. de la situación económica del país?", las respuestas fueron: crítica, horrenda, espantosa, muy difícil, mala, malísima, deplorable, bastante mala, pésima, caótica, etc., etc. y a la respuesta: "¿a qué se ha de atribuir?" respondieron:

- 50 se debe a malas administraciones.
- 18 es culpa de Perón.
- 13 a causas psicológicas (no se quiere trabajar).
- 8 al dirigismo estatal.
- 5 a problemas de estructura económica.
- 5 a hechos mundiales que han inducido.

Nos alargaríamos con exceso si fuéramos a sintetizar lo que los encuestados respondieron respecto a los partidos políticos y a los sindicatos. En cuanto a la actual situación del país, 91 respuestas la atribuyeron a la falta de sentido de responsabilidad.

Aunque nos apenan las múltiples incorrecciones de sintaxis y de puntuación, en una publicación de jerarquía universitaria, no podemos sino congratularnos de que se haya realizado esta encuesta y de que se hayan hecho públicos sus resultados.

Francisco Talbot